

## Cartucho quemado

JAIME AVILES

"Los zapatistas marchan sobre Méxi-co. ¿Habrán hecho ya reservaciones en Sanborn' s?", reía Serapio Bedoya sin dejar de sentirse un cartucho quemado y el profesor de economía se cogía el estómago y se carcajeaba con lágrimas, y el crítico teatral manejaba de prisa cuando la aguja empezó a regresar de 140 a 130, a 120, a 110, a medida que se iluminaba una curva en el fondo de la noche. Iban a dar las tres de la mañana, estaban llegando a Palenque y no podían parar de reírse.

¿Qué significa ser un cartucho quemado?, se dijo Bedoya sentado al volante, doce horas después, a escasos kilómetros de Ocosingo. Estaban seguros los tres que sin duda era una broma la tal guerra de Chiapas.

—¡Cuidado!

Frente a ellos, un soldado agitaba un trapo rojo en la punta de una vara y dos más los encañaban con el dedo en el gatillo. Bedoya encendió las luces y redujo la velocidad a medio kilómetro por hora.

—Ve un poquitito más rápido —dijo el crítico de teatro.

Bedoya frenó a dos metros del árbol que los soldados habían colocado sobre el pavimento; uno de ellos, con las mangas enrolladas sobre los bíceps, tomó la credencial del francés: un hermoso documento a colores, con grandes sellos y ampulosas firmas, que al abrirse dejaba escapar las notas de la Marsellesa y que hubiera bastado para impresionar a un general, no al hombrecito que se lo llevó con desconfianza.

—Disculpe—dijo Bedoya a otro hombre—. ¿Hace cuánto fue el último tiroteo?

—Hará qué, unos diez minutos... —calculó, y la mano le temblaba sobre la empuñadura del rifle automático.

Concedido el permiso para entrar en Ocosingo, Bedoya condujo el carro hacia una fila de camionetas que se alineaban a la izquierda ante un muro, y dijo a sus compañeros al apagar el motor: —Bienvenidos a la guerra, señores. Fue, de hecho, la última broma del día.

Echaron a caminar hacia una estación de autobuses, ante la cual había dos ambulancias de la Cruz Roja y un jeep del ejército; eso no era todo: en la siguiente calle había diez o doce camiones de transporte de tropas, tiendas de campaña, antenas de radio y, peor aún, piezas de artillería en lo alto de una colina y en las azoteas de algunos edificios. ¡Pac!, se oyó lejos. Pac-pac, resonó por acá. ¡Papapapum, papapapum! En la madre, dijeron, ya empezó esto. Y luego se oyeron como pajaritos y un soldado tornó a gritar: ¡al suelo, al suelo! Y de pronto se vieron reptando debajo de una ambulancia, mirándose unos a otros con los dientes apretados y los labios lívidos, tratando penosamente de sonreír. Fue un minuto de ruido intenso y luego se impuso una sensación de ridículo: todos tenían miedo pero nadie se autorizaba a mostrarlo.

—¡Ey! ¡Véngase para acá! —los llamó un oficial que en lugar de casco usaba una gorra con estrellas y una gruesa chamarra verde.

Estaba en la puerta de la estación y era el jefe del puesto médico, pero debajo del brazo izquierdo llevaba una metralleta negra.

—La situación es la siguiente —les dijo, y señaló hacia el pueblo—. El enemigo está aquí y aquí, nosotros estamos aquí y no podemos cuidarlos, ¿entienden?

—¿Y qué nos sugiere?

—Que se persiguen antes de salir a la calle.

—¿Y nos podemos quedar aquí?

—Sí, pero no tenemos comida para ustedes.

Un hombre tan cordial como obeso irrumpió en la estación cubierto de polvo y con los pantalones rotos en las rodillas.

—¿Son periodistas? ¡Putá, hermano, puta, no sabes cuánto me alegro!; yo soy corresponsal en Tabasco —y al saber que Serapio trabajaba en el mismo diario que él, lo abrazó diciendo—: ¡Alabado sea Dios que vienes a relevarme, hermano! Te juro, le prometí a la virgencita que si me sacaba vivo de ésta, en los días de mi vida me vuelvo a meter en una cosa así...

Y extrajo de un bolsillo las notas que había enviado a México: una sucesión de hechos horribles, un excelente material. Entonces preguntó con menor ansiedad.

—¿Se van a ir a dormir a Palenque? ¿Me puedo ir con ustedes?

—No —dijo el crítico de teatro—. Vamos a dormir aquí.

¿Ah, sí?, pensó Serapio Bedoya, repentinamente enfrentado a dos problemas: le quedaban tres cigarros para la lenta e inmensa noche que se le venía encima y tampoco tenía ron; estaba sitiado por todos sus síndromes de abstinencia

Dentro de la estación había cuatro soldados heridos, tendidos en la sala de espera, nada serio; pero costaba mirarlos cuando se quejaban frunciendo la boca y las cejas, pujando, respirando el dolor. Eran las ocho cuando el jefe del puesto médico vino y dijo:

—Malas noticias. El enemigo se está concentrando a dos cuadras de aquí; parece que van a tratar de salir por esta calle. Si la cosa se pone dura, acuéstense en el suelo y cúbranse...

—¿Y si se pone muy dura?

—Métanse al baño y cierren con llave.

El reportero que había prometido a la virgen, movió la cabeza con severidad.

—No cabe duda, hermano: esta una noche decisiva o por lo menos crucial.

\*\*\*

Arriba de la estación, de momento vivían los ricos del pueblo, en una casa de tres recámaras con una cocina, una salita, una terraza y un baño que había sido desalojada especialmente para el los, toda vez que ellos habían sido atacados y secuestrados por la guerrilla y más tarde rescatados por el ejército. Uno de ellos estaba herido por una esquirla de granada en la espalda.

El jefe del puesto médico tuvo de repente una gran idea.

—Vayanse a dormir allá arriba — dijo a los periodistas, y entonces alguien ortó por completo la luz de todo el pueblo y desconectó los teléfonos.

En la oscuridad, los periodistas subieron a la casa de la planta alta y, una vez en ella, se detuvieron con los brazos extendidos como almas en pena, en un corredor de estrechas paredes que nacía justo detrás de la puerta externa. Dijo el profesor de economía: "No se ve un canijo", y trató de reírse, pero una voz impaciente hizo *sssssffu!*, y añadió:

—Cállense, cabrones.

Quien esto dijo se insinuaba en las tinieblas como un bulto ancho, que en la penumbra parecía un hombretón de voz gruesa, con una gasa manchada de sangre que se sujetaba con dos dedos sobre el omóplato izquierdo. Fue bien explícito.

—Aquí hay una recámara con dos camas sencillas, aquí hay otra con una sencilla y una matrimonial; acá hay un sofá y dos sillones, y en los cuartos hay varios sarapes. Acuéstense de a dos por cama, pero envuélvanse cada quien en su manta para que no le vayan a dar a nadie porchicuelinas... Y agregó:

—Ahorita ya duérmanse, mañana se les invita a desayunar; en la cocina hay café y muchos huevos. ¿Alguno de ustedes me regala un cigarro?

Aunque llevaba el paquete en el bolsillo de la camisa, Bedoya se abstuvo de abrir la boca o de hacerse el hipócrita: le quedaba uno, el último...

—Buenas noches —dijo desalentado el anfitrión.

Entonces vieron que más allá de la puerta de vidrio, en la terraza había tres soldados de rifle, chamarra y casco, parapetados tras las macetas del pretil. Arrastrando los pies, siempre a oscuras, se repartieron las camas y regresaron a la sala, reptando como lagartos sobre el tapete. Y se acomodaron en el suelo y se dedicaron a oír.

Afuera había miles de hombres armados preparando una batalla bajo las mínimas luces del cielo, pero no se escuchaba el más leve rumor. Había también miles de hombres y mujeres indefensos, agazapados en otras muchas casas tan frágiles como ésta, pero no se percibía el menor movimiento. Así transcurrieron veinte años de tensión y de silencio, aunque los relojes marcasen apenas diez minutos. Incluso ya se animaban a conversar cuchicheando los periodistas, cuando por el norte comenzó a gruñir un bicho por demás extraño: una especie de oso mecánico. Con extraordinaria cautela, fue cobrando presencia en el silencio nocturno el ruido de un nuevo convoy militar. Ante la casa donde estaban los periodistas, sobre la calle por donde iban a escapar los guerrilleros, empezaron a estacionarse decenas de camiones cargados de tropas que se convertían providencialmente en un tapón. Bedoya respiró con alivio y sintió nuevas ganas de fumar. "Ahora vamos a presenciar un espectáculo horrendo", se dijo, y cuando se desate el fuego cruzado voy a ponerme a escribir tu nombre en donde pueda, porque si estuvieras aquí, Nausícaa, te besaría sin tregua como los amantes bajo el bombardeo de *Cuando pasan las cigüeñas...*

Y qué lástima, oh dulcísima Nausícaa, que no hayas visto *Cuando pasan las cigüeñas*, pero algún día la verás y entonces hablaremos de esta noche, pensaba Serapio cuando por allá empezaron a ladrar los perros: la primera señal de que los guerrilleros se desplazaban. A nadie extrañó que un instante después se desataran los balazos. ¡Pac! ¡Poc! No, no era lo mismo que la refriega de la tarde: ahora sí iba en serio, todos contra todos tirando a matar, y tronaban ametralladoras y zumbaban, ¡ffffac!, los morteros, atacaban los rifles automáticos, repelían las pistolas. Cinco minutos se prolongó aquello y cuando se reimplantó el silencio, Bedoya reparó en que no había pensado un segundo en Nausícaa, y se dirigió a la pieza donde iba a dormir o por lo menos a intentarlo.

Se fumó el cigarro a escondidas, ocultando la brasa con la mano y soplando el humo

contra la pared, y tras aplastar la colilla se quedó dormido sin sueños, hasta que lo despertaron otra vez los disparos: un nuevo choque brutal. Pasados los cinco minutos, vio en un reloj que eran las once de la noche y sintió hambre, más que hambre, una intensa necesidad de azúcar, es decir, de dulce en la sangre, y se levantó guiado por la ocurrencia de que buscar azúcar a ciegas en las tinieblas de aquel lugar siniestro, era como buscar a Nausícaa a través de las islas griegas. Palpando los muros entró en la cocina; palpando los muebles tocó una pila de tazas sucias, las hornillas de una estufa sin piloto, los mosaicos de un fregadero de platos y luego... y luego qué, qué era esa especie de seno inmenso y Liso, esa textura de plástico, esa forma reconocible: claro, era sin duda un páncreas, y Serapio introdujo la mano y las yemas se hundieron en una costra pegajosa como de miel, que resultó ser una chilindrina

¡ Nausícaa!, se dijo al morderla. Mientras la masticaba, investigó al tacto que había por lo menos varias chilindrinas más, y se prometió que se comería sólo otra pero acabó devorándose ocho: son un regalo de Nausícaa a fin de cuentas, se dijo, son mías... y se volvió a acostar. Hubo un tercer zafarrancho a eso de las tres de la mañana pero esta vez no todos despertaron sobresaltados y algunos no despertaron siquiera; roncaban de hecho. Bedoya abrió los ojos y permaneció inmóvil hasta que el último eco dejó de rebotar en la noche.

\*\*\*

—¡Ya párense! —dijo a las seis de la mañana el anfitrión.

Llevaba en efecto una gasa sucia de sangre en la espalda y estaba de magnífico humor: barbón de tres días, con el pelo revuelto, ojeroso pero asoleado, volvió a decir..

—¿No oyeron, pues?

Se pusieron en pie, el crítico francés de buen talante, Bedoya ansioso por comenzar a fumar; el profesor más bien aturulado de sueño. A través del cristal de la terraza, vieron que abajo centenares de soldados se desperezaban en los camiones donde habían dormido a cielo abierto; lucían ateridos y graves. Bostezando, el crítico de teatro observó que un cabo repartía machetes a todos los hombres de la columna. "¿Te imaginas lo que van a hacer con eso?", dijo. Serapio estaba pensativo. "Es una máquina de guerra", contestó con frialdad.

Buscando siempre cigarros tornó a la cocina y de pronto sintió curiosidad por averiguar qué clase de pan se había zampado. Destapó la panera y comprobó que eran chilindrinas de verdad. Entonces desvió la vista y encontró, a la derecha de la panera, una bolsa de plástico llena de cocoles verdes. Verdes, sí, fermentados, color de hierba. Tal vez también la había puesto allí Nausícaa, tal vez él mismo se los hubiera comido, tal vez me amaré un día, dudó amargo, tal vez no soy más que un pobre cartucho quemado, y buscando siempre cigarros bajó a la calle y se mezcló con la tropa. Un soldado accedió a convidarle un *raleigh* ovalado por el peso quizá de una nalga pero Bedoya lo encendió con fruición. Miraba a su alrededor fumando cuando sonó el primer disparo matutino de los rebeldes. Qué huevos, meditó, y caminando cabizbajo hacia la estación de autobuses pateó sin querer la funda de una bala percutida y se agachó a recogerla. Era un casquillo de metralleta.

—Buenos días, compañero —susurró, olisqueando el cilindro—. Bienvenido a bordo.

Y se lo metió en un bolsillo del pantalón.

Segunda y última parte.